

El Eco de Cartagena.

ANO XXX.—NUM. 8481

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONOS NÚMS. 4 Y 58

PRECIOS DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—Corresponsales en París E. A. Lorette, rue Clémartin, 6, Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, Mr. G. 16C.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.

Viernes 14 de Febrero de 1890.

Salicilatos DE BISMUTO Y CERIO

de VIVAS PÉREZ.

Aprobados por la Real Academia de Medicina de Granada, recetados por los médicos y adaptados por los hospitalarios.

CURAN INMEDIATAMENTE como ningún otro remedio empleado hasta el día, toda clase de VÓMITOS Y DIARREAS, DE LOS RISCOS, DE LOS VIEJOS, DE LOS NIÑOS, COLERA, TIFUS, DISENTERIAS, VÓMITOS DE LOS NIÑOS Y DE LAS ENFERMEDADES, CATARROS Y ÚLCERAS DEL ESTÓMAGO, ERUPTIVOS, FIEBRES. Ningún remedio alcanzó de los médicos y el público tanto favor como los buenos resultados que son la admiración de los enfermos.

PRECIOS: En España: CAJA GRANDE, 2'00 pesetas. PEQUEÑA, 2 pesetas.

Cuidado con las falsificaciones por que no darán resultado. Exigid la firma y marca de garantía.

DEPOSITO GENERAL:

ALMENA, FARMACIA VIVAS PÉREZ desde donde se remiten por correo a todas partes enciando 70 céntimos más por certificado. POR MAYOR: Madrid, M. García y Sociedad Ibero-Universitaria. Barcelona, Sociedad Farmacéutica é hijos de J. Vidal y Ribas, de Alomar y Ulrich. Cartagena, Abad y Romero Germanes.

De venta en todas las boticas de las provincias y pueblos de España, Ultramar, Buenos-Aires y en toda la América del Sur.

Depósito al por mayor á los Sres. Fernández hermanos y compañía.

LA QUÍMICA COMO AUXILIAR DE LA ADMINISTRACION DE JUSTICIA.

Pocos ramos del saber humano tendrán tantas aplicaciones prácticas como la química, ni de tanta utilidad.

Aparte de los servicios que presta á la industria en todas sus aplicaciones, á la medicina etc., etc., se distingue muy especialmente en los señalados é importantes que presta á la Administración de justicia, por los datos ciertos que suministra en el descubrimiento de los delitos.

La historia nos enseña, cuán fácil hallaban los criminales el empleo de los venenos, por lo difícil de descubrirse su delito.

Hoy, merced á la química los casos de envenenamiento son muy raros, pues los criminales saben que su delito no queda impune, que esta ciencia cual foco radiante de luz penetra en las obscuridades del crimen, mostrando á los jueces el cuerpo del delito.

Los filtros, veneno de los Borjas y otros de que tan rico repertorio poseían algunos seres privilegiados, que dotados de ancha conciencia, vendían á buen precio, todos han desparecido: el misterio dejó de serlo.

Y no han abandonado su criminal tarea tan solo por el temor de ser descubiertos infragante delito; no, es que se han convencido de cuán fácil es perseguir y descubrir, aun pasado tiempo, la causa que produjo el crimen.

La química, no se para en sus investigaciones, aunque un obstáculo al parecer insuperable parezca desplayarla en el descubrimiento del delito, tiene medios más que suficientes para llegar al fin.

Basta un detalle para hacerse cargo de la importancia de esta ciencia. Hoy por medio del análisis puede descubrirse un crimen cometido hace veinte años; basta un trozo de madera del arbol, un pedazo de la ropa ó vestidura que cubría el cadáver, menos todavía, un poco de tierra de la que le rodeaba, es suficiente.

Complicados problemas se presentan al jurisconsulto, de difícil resolución á no ser que la química con sus reglas exactas é

investigaciones ciertas no le señalara el camino seguro.

La sangre, que por sus caracteres físicos es casi igual en la mayoría de los animales mamíferos, daría lugar á lamentables errores, pues es de importancia suma la certeza de un indicio, sobre el cual se va á edificar un sumario del mismo modo que algún criminal trataría de despistar á la justicia asegurando que las manchas de sangre notadas en sus vestidos procedían de un conejo ú otro animal, también algún inocente pudiera ser condenado por un indicio falso.

Para este caso, se recurre al perito químico, que con un examen detenido en su laboratorio, puede emitir un dictamen basado en principios fijos é inmutables como todos los que constituyen una ciencia exacta.

Pasma hoy á los profanos que tengan medios como perito químico de averiguar no solo la clase de pólvora que se ha empleado para hacer un disparo si no hasta el tiempo que medió entre el acto y la hora en que se hace el análisis.

Mucho debe la sociedad moderna á los sabios químicos que han dedicado sus estudios á garantir sus intereses. Pero cuán desgraciada ha sido con ellos.

Desde el gran Lavoisier, que prestó inmensos servicios á la gran revolución francesa, obteniendo como premio á sus trabajos, el tener que sumar una víctima más á la guillotina, hasta nuestros días, cuán poca justicia se ha hecho á hombres tan eminentes.

Hay estatuas y monumentos para perpetuar la memoria de grandes capitanes, es decir, de individuos que restaron seres vivientes, no la hay para los que su man.

¡Siempre la condición humana se manifiesta en todas las épocas tal cual es, la justicia brilla por su ausencia en estos casos!

Variedades.

Solución á la charada inserta en el número anterior.

SIMIENTE

Charada

En primera dos tercera vendí en dos tres el primera.

A. A.

La solución en el número próximo.

Entre las poesías leídas noches pasadas en el Ateneo de Madrid por D. Manuel del Palacio, fueron muy celebradas «El niño de nieve», cuento árabe, con que dió comienzo la lectura, y las tituladas «Autobiografía», «Un paisaje» y la que copiamos á continuación, «En el teléfono», que tuvo que repetir el poeta, en medio de grandes aplausos.

EN EL TELÉFONO

—Central.—¿Qué quiero?—¿Qué quiero? Comunicación en breve, con el mil noventa y nueve, Garduña, cinco, tercero.
—¡Hola!—¿Quién llama?—Soy yo.
—¿Con quién hablo?—Con María.
—Guárdate Dios, prenda mía.
—Más alto.—¿No entiendes?—No.

—Anoche soñé contigo.
—Sigue.—¿Y tú, pensaste en mí? Un poco.—¿De veras?—Sí; que oigo muy poco te digo.
—¿Estás sola?—Como un hongo.
—¿Y tu madre?—Salió á misa.
—Me alegro.—Mas date prisa.
—Complacerte me propongo.
—Hablemos de amor.—Hablemos; mi padre me dijo ayer: esto ya no puede ser.
¿Nos casamos ó qué hacemos?
—No te oigo.—Que mi papá, dice, y no peca de manco, que herrar ó quitar el banco. ¿lo vas entendiendo ya?
—Dos ó tres frases, María, he cazado...

—Si tu amor

presume de cazador, tiene mala puntería... Contesta, pues...

—Mi lucero,

solo puedo contestarte que sin verte y sin hablarte yo no vivo, desespero.

¿Oyes?

—Prosigue hasta ver.

—Si yo pudiera lograr que me llegases á amar...

—¿Cómo?—Como una mujer.

—No te entiendo.—Que serena y con mi cariño ufana,

sin pensar en el mañana...

—Lo que te dije: no suena.

—Veremos, ¿me quieres?—Sí.

—¿Podrás olvidarme?—No.

Pues dame una prueba.—¿Yo? Pero ¿cómo?—Desde ahí.

Acércate al aparato cuanto puedas.—Me acerqué

—¿Vas á oirme?—Probaré.

—Es cosa de poco rato; por la boca, te lo pido

cuál si hablaras.

—¿Y á qué es eso?

—¿Oiste?

—Un estallido.

¿Y á qué te ha sonado?

—A beso.

¡Gracias á Dios que has oído!

ROBINSON CRUSOE.

La siguiente anécdota, muy poco conocida, referente al verdadero autor de la novela inglesa publicada con el título de «Robinson Crusoe», la he tomado de la «Historia de los descubrimientos hechos por los europeos en las diferentes partes del mundo», por monseñor Barroun, tomo X, página 100 y siguientes.

No es solamente en los mares donde debe temerse á los corsarios, porque también existen en la sociedad, merced al grado de perfección á que ha llegado la codicia para ejercer con entera independencia la piratería: por este sistema, los bandoleros holgazanes devoran la substancia de los hombres laboriosos, y muchas veces la literatura es presa de la voracidad de estos parásitos de las letras.

Los más perniciosos son aquellos que, habiendo tenido la destreza de dar á sus empresas las apariencias de la justicia, han logrado piratear impunemente y agregar á su fortuna la consideración de las gentes.

¡Desgraciadas aquellas almas que, engañadas por el falso candor de semejantes bribones, tienen la debilidad de prestarles su confianza!

Esta imprudencia cometió el autor cuya aventura voy á referir.

En su viaje alrededor del mundo, comenzado en 1718, el capitán Woodes Rogers, habiendo llegado cerca de la costa de la isla de Juan Fernández, envió á tierra al capitán Dover con la tripulación de la chalupa, con objeto de que reconociera el país.

Dover y sus tripulantes penetraron en aquella tierra y regresaron al obscurecer á su buque conduciendo á un hombre vestido con pieles de cabra, que parecía más salvaje que las mismas cabras de aquella isla.

Este hombre demostró con sus gestos la gran satisfacción que experimentaba por encontrarse entre ellos, y pronunció algunas palabras inglesas, pero sin ligazón ni concierto.

Le cuidaron con esmero y tres días después habló con más propiedad y declaró que hacia cuatro años y cuatro meses que habitaba la isla desierta de Juan Fernández, sin haber encontrado criatura humana con quien conversar.

Necesitose también que transcurriera mucho tiempo para que este desgraciado pudiera acostumbrarse á las comidas y bebidas del buque.

«Soy, dijo, de Largo, condado de Pala, en Escocia, y me llamo Alejandro Selkirk.

Sali de Londres á bordo de «Ciny Post», buque de vela, mandado por Struding, quien á consecuencia de una disputa acalorada que tuvimos me echó á tierra en esta isla, no dejándome para mi subsistencia más que avíos para encoquear yesca, una libra de pólvora, un cuchillo, un hacha, unas calzetas, algunos instrumentos de matemáticas, una biblia, dos ó tres libras de queso, una corta cantidad de tabaco, un colchón y algunos otros utensilios.

En un principio me afectaron la soledad y el temor; pero poco á poco fui dominando mi pesar.

Me construí dos chozas: una me servía de cocina y la otra de comedor y habitación para dormir; cubrí estas cabañas con ramas y juncos, las tapé con pieles de cabra, pues maté muchas, y á otras las marqué en las orejas y las puse en libertad.

Pronto se agotó mi pólvora, y me ejercí en cazar las cabras á la carrera, y la necesidad me hizo adquirir tanta celeridad, que yo se escapaba ninguna cabra. Cuando se usaron mis vestidos, me cubrí con pieles de cabra, atadas con correas que corté con mi cuchillo, y para pasarlas hice agujeros con un clavo, presto que carecía de agujas. No tuve zapatos más que un mes, y presumiendo la necesidad en que me encontraría, marché con los pies descalzos, y me acostumbré de tal manera, que se fortificaron mis pies, y hoy no podría soportar el calzado. En los primeros días, y especialmente de noche, me incomodaban mucho las ratas; pero los gatos que los buques dejaron en tierra me libraron de estos animales. Los gatos y algunos cabritos formaron mi deleite; los enseñaba á bailar, y yo bailaba con ellos. He tenido mucho cuidado de apuntar en mi Diario todo lo que me ha pasado durante mi soledad en la isla de Juan Fernández.»

Selkirk, llevado á Inglaterra por el capitán Rogers, llegó á Londres, donde no tenía más que una fortuna muy limitada. Contaba con los productos de la relación de su estancia en la isla desierta, y se disponía á publicarla, cuando, por su desgracia, conoció á D... D..., el más ingrato y el más pérfido de todos los hombres. Este D... era un aventurero consumado, tanto más peligroso, cuanto que, no avergonzándose de nada, había vivido del ardid y de la intriga, y se hizo el mejor amigo de Selkirk. Este era un hombre sencillo, y D... muy astuto, y costóle poco trabajo ganar su confianza, y persuadirle de que le presta-